

Jorge Eliécer Gaitán

“Oración por la paz”

En Bogotá, en 1898, nace Jorge Eliécer Gaitán. Se gradúa como abogado en 1925 y ejerce durante año y medio en una pequeña oficina del centro de la ciudad. Luego viaja a Roma y allí recibe clases y hace amistad con el famoso penalista italiano Enrico Ferri. El, a su vez, se convierte en un prestigioso criminalista y en un contundente orador del foro. Pero además lo atrae la política. Es tiempo de cambios y su partido, el *liberal*, se prepara –como dice Alfonso López– para asumir el poder. Gaitán habla en los barrios de Bogotá, impulsa a las masas en alzamientos cívicos contra la administración local y luego, en los debates por la matanza de las bananeras del Magdalena, contra el gobierno central.

El *liberalismo*, en efecto, llega a la Presidencia en 1930 y Gaitán es el vocero de las fuerzas juveniles “de avanzada”. Las suyas son tesis socialistas y nacionalistas y algunos de sus copartidarios influyentes empiezan a desconfiar. Gaitán se impacienta porque –dice él– el gobierno de Olaya Herrera no impulsa leyes laborales y de tierras, y funda, con Carlos Arango Vélez, la Unión Izquierdista Revolucionaria, UNIR, para sacar del juego a “capitalistas y latifundistas”.

Gaitán vuelve al *liberalismo* en 1934, porque cree que el gobierno de Alfonso López coincide con varias de sus propuestas. Este lo nombra Alcalde de Bogotá en 1936. Hace una gestión popular pero autoritaria y sale a los ocho meses. En 1940 el presidente Eduardo Santos lo nombra ministro de Educación, pero sus ideas de secularización indignan al clero católico y a los conservadores y Gaitán tiene que renunciar. En 1943 el presidente encargado Darío Echandía lo nombra ministro de Trabajo y desde allí trata nuevamente de establecer la reciprocidad entre capital y trabajo, con legislación sobre salud pública y regulación del Estado en conflictos laborales. Tampoco dura en este ministerio, pero en 1944 lanza su candidatura a la presidencia de la república e impone su estilo oratorio: llano, casi elemental, sin retóricas, cercano a los intereses y necesidades del pueblo. Puede pronunciar de ocho a diez discursos diarios, todos improvisados. En 25 años de oratoria sólo ha escrito cinco disertaciones.

Habla en los barrios de Bogotá, en las plazas, en el Teatro Municipal, en ciudades y aldeas de todo el país. Dice: “Yo no soy un hombre, yo soy un pueblo”. Darío Echandía y Carlos Lleras Restrepo, tentativamente candidatizados, retiran sus nombres. Quedan Gabriel Turbay, como candidato *liberal* “oficialista”, y Jorge Eliécer Gaitán, como candidato *Liberal* popular. Gana la presidencia el *conservador* Mariano Ospina Pérez.

El 7 de febrero de 1948 el caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán improvisa un discurso en la Plaza de Bolívar de Bogotá, donde se han congregado más de 50 mil personas. Un año antes Gaitán ha vencido en las elecciones parlamentarias a la otra corriente *liberal*, el *santismo*, que sigue las orientaciones del ex presidente Eduardo Santos, y al partido *conservador* que comanda Laureano Gómez. Se perfila como el candidato único del *liberalismo* a los comicios presidenciales de 1950 y aspira a reemplazar al conservador Mariano Ospina Pérez.

Esta pieza oratoria de Gaitán se llamaría “oración por la paz”, porque Colombia registra, desde 1947, diversos hechos de violencia política que hacen cada día más agresivo el pleito entre los partidos tradicionales: a finales de diciembre de 1947 en Chiquinquirá (Boyacá) policías ebrios disparan contra el dirigente *liberal* Jorge Armando Cortés, su esposa y su hermano; en enero de 1948 se informa de matanzas políticas en ciudades boyacenses como Villa de Leiva, Chiquinquirá, Coper y Sutamarchán; y también en municipios del Norte de Santander como Salazar de las Palmas, Arboledas, Cucutilla, Chinácota, Pamplonilla, Ragonvalia... En realidad crecen la

intolerancia y el sectarismo en todo el país y de ahí que una actitud y una voz que se levantan contra el fanatismo reúnan multitudes silenciosas, que expresan su duelo con banderines negros.

Gaitán, como intérprete de sus seguidores y oyentes, parece dirigirse al Presidente de la república, a 120 metros de la Casa de Nariño o Palacio Presidencial:

* * *

“Excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Mariano Ospina Pérez:

Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a vuestra excelencia sabiendo que interpreto el querer y la voluntad de esta inmensa multitud, que cobija su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo este silencio clamoroso, para pedir que haya piedad y tranquilidad para la patria.

En todo el día de hoy, excelentísimo señor, la capital de Colombia ha presenciado un espectáculo que no tiene precedentes en su historia. Gentes que llegaron de todo el país, de todas las latitudes –los llanos ardientes y las frías altiplanicies, como las de esta capital– han venido a congregarse en esta plaza, cuna de nuestra libertad y de nuestra historia, para expresar su irrevocable decisión de defender sus derechos. Dos horas hace que ellos desembocan en esta plaza y no hay sin embargo un solo grito, porque en el fondo de sus corazones se agolpa la emoción; pero como en las tempestades violentas la fuerza subterránea es mucho más poderosa y ésta sabe que tiene el poder de imponer la paz cuando los obligados a imponerla no la imponen.

Señor Presidente: Aquí no hay aplausos sino millares de banderas negras que se agitan. Excelentísimo señor: Sois un hombre de universidad y por lo tanto os debe llamar la atención este hecho sin precedentes en la historia de Colombia.

Señor Presidente: Aquí están presentes todos los hombres que han desfilado y demuestran una fuerza y un poderío no igualados y sin embargo, no hay un solo grito. Aquí hay una contradicción a las leyes de la psicología popular. Un pueblo que es capaz de contrariar las leyes de la psicología colectiva es un pueblo que os demuestra que tiene un espíritu de disciplina capaz de superar todos los obstáculos. Ningún partido en el mundo ha dado una demostración como ésta. Pero si esta manifestación sucede es porque hay algo grave y no por triviales razones. Y esto obliga a los hombres universitarios a escucharla y oírla. Somos la mejor fuerza de paz en Colombia. Somos los sustentáculos de la paz en Colombia, y mientras en las veredas y en los municipios fuerzas minoritarias se lanzan al ataque, aquí están las grandes mayorías obedeciendo una consigna. Pero estas masas que así se reprimen también obedecerían la voz de mando que les dijera: Ejerced la legítima defensa.

Dos horas ha gastado esta gente entrando a esta plaza para colmarla. El comercio ha cerrado sus puertas y le debemos gratitud por este noble gesto.

Porque somos fuertes somos serenos. Esta es la significación más exacta de que con nosotros no puede abusarse. Hay un partido de orden capaz de realizar estas manifestaciones para evitar que la sangre se derrame y para que las leyes se cumplan, porque son la expresión de la conciencia colectiva. Yo quisiera que todo el país contemplara este espectáculo. No me he engañado cuando he dicho mi concepto sobre la conciencia popular, ampliamente ratificada en esta manifestación, donde los aplausos desaparecen y sólo se oye el rumor emocionado de los millares de banderas negras que aquí se han traído para recordar a nuestros hombres tan villanamente asesinados.

Señor Presidente: serenamente, tranquilamente, con la emoción que atraviesa el espíritu de los hombres que llenan esta plaza, con esa emoción profunda os pedimos que ejerzáis vuestro mandato,

el mismo que os ha dado el pueblo, en favor de la tranquilidad pública. Todo depende de vos; sabemos que quienes anegan en sangre este país cesarían en su pérvida *siega*. Esos espíritus de mal corazón cesarían al simple imperio de vuestra voluntad.

Amamos hondamente a esta patria nuestra y no queremos que nuestra nave victoriosa navegue sobre ríos de sangre.

Señor Presidente: No os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no siga por caminos que nos avergüenzan ante propios y extraños. ¡Os pedimos tesis de piedad y de civilización!

Señor Presidente: Os pedimos cosa sencilla para la cual están de más los discursos. Os pedimos que cese la persecución de las autoridades y así os lo pide esta inmensa muchedumbre. Pedimos pequeña cosa y gran cosa: que las luchas políticas se desarrollen por cauces de constitucionalidad. Os pedimos que no creáis que nuestra tranquilidad, esta impresionante tranquilidad, es cobardía. Nosotros, señor Presidente, no somos cobardes: somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. Pero somos capaces, señor Presidente, de sacrificar nuestras vidas para salvar la tranquilidad y la paz y la libertad de Colombia.

Impedid, señor Presidente, la violencia. Sólo os pedimos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo. En vez de esta ola de barbarie, podéis aprovechar nuestra capacidad laborante para beneficio del progreso de Colombia.

Señor Presidente: Esta enlutada muchedumbre, estas banderas negras, este silencio de masas, este grito mudo de corazones, os pide una cosa muy sencilla: que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como querríais que os trataran a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos, a vuestros bienes.

Os decimos, excelentísimo señor Presidente:

Bienaventurados los que no ocultan la crueldad de su corazón, los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar los sentimientos de rencor y exterminio. Malaventurados los que en el gobierno ocultan tras la bondad de las palabras la impiedad contra los hombres de su pueblo, porque ellos serán señalados con el dedo de la ignominia en las páginas de la historia”.